

NEREA RIESCO

LOS LUNES EN EL RITZ



Finales de 1929. Martina Romero acude a su primera fiesta en los salones del Ritz de Madrid, tras convencer a su padre, el estricto director del establecimiento.

Allí conoce a Bosco, aspirante a actor con el que tiene un vergonzoso desencuentro. Decepcionada por esa primera incursión en la alta sociedad, se concentra en una misión: junto a su madre y las amigas de esta organiza actos benéficos para ayudar al padre Eugenio, que lucha por la dignidad de sus pobres.

Mientras tanto, pese a la apariencia de lujo de la vida en el hotel, el país bulle. Se proclama la República y hay una ola de violencia que desata la quema de iglesias. El padre Eugenio rescata de un convento tres cuadros que serán el motivo por el que las damas y el sacerdote decidan saltarse la legalidad.

La existencia de Martina transcurre entre su compromiso, su pasión pictórica y el amor prohibido que siente por Bosco, ahora una estrella de Hollywood.

A Gabriel Trinidad Ramos.

PRÓLOGO

La portada del diario *Le Monde* del 21 de noviembre de 1975 se extendió ante mí para zarandearme el alma, proclamando la muerte del general Franco. He de decir que la noticia no tuvo la suficiente entidad como para desestabilizarme, mucho menos a estas alturas de mi vida en la que ya pocas cosas me sorprenden. Por otra parte, los periódicos franceses llevaban anunciando el principio del fin de la dictadura en España desde la primera hospitalización del caudillo. Fue la fotografía que acompañaba a la noticia la que me hizo un guiño y vino a jugar con mis recuerdos, trayendo nombres a la memoria, bromeando con las fechas. Casualidades lo llamamos.

Le Monde indicaba que la muerte del dictador coincidía con el aniversario de la del falangista José Antonio Primo de Rivera. Ambos habían dejado este mundo un 20 de noviembre. Casualidades. Un 20 de noviembre; el mismo día en el que murió, aferrándose a mi mano, Buenaventura Durruti, aunque, evidentemente, de ello no se hacía eco el diario. Recuerdo bien ese día, y los días siguientes, porque cambiaron el rumbo de mi vida, aunque parezca increíble que la muerte de un hombre al que no conocía, y que nada significaba para mí, pudiera llevar a cabo semejante descalabro.

La fotografía mostraba la entrada del hotel Ritz. Frente a ella estaban estacionados un buen número de coches pertenecientes a las altas personalidades extranjeras que tenían previsto hospedarse allí para asistir al sepelio. Observé con atención la imagen del edificio. No había cambiado nada, estaba tal y como yo lo dejé, casi cuarenta años antes. O al menos eso me pareció visto en blanco y negro: la puerta custodiada por un portero con librea y sombrero de plato, la reja en la que destacaban, en bronce y entre guirnaldas, la H y la R, iniciales del que fue el mejor hotel de la capital española.

Me aferré a la taza de té que tenía delante, como si eso pudiera evitar que las nostalgias me arrancasen del lugar en el que me encontraba, pero no lo conseguí. En apenas un segundo abandoné la terraza con vistas a la Torre Eiffel desde la que llevaba más de veinte años asomándome a la vida y regresé a aquel momento en el que los deseos no alcanzan a merecer ese nombre, porque uno se encarga de hacerlos realidad minuto a minuto. Aquellos años en los que una promesa, una posibilidad, un sueño delicioso que nos despierta en mitad de la noche desencadenan un desbarajuste en los sentidos. Ante mis ojos se mostró palpable, clara y firme, la puerta de la habitación 112, la que era la *suite* real del hotel Ritz. Cedió con la misma facilidad con la que se abrió muchos años atrás, permitiéndome atravesarla. Pude sentir las mismas emociones, la misma intensidad... aquella tenue claridad de las doce del mediodía de una mañana lluviosa. Las cortinas de la habitación estaban descorridas y la luz plomiza nos envolvió, resbaló sobre su cabello negro, brillante, peinado hacia atrás; el cabello que por entonces lucían los grandes galanes de cine.

Era tan guapo... tanto que dolía.

Me giré y lo miré con desdén, echando por tierra todas las lecciones de diplomacia y cortesía que llevaba a mis espaldas. Lo recuerdo perfectamente. Me arañaba el alma tenerlo tan cerca. Sólo él podía despertar esas emociones en

mí y eso hacía que me revolviere por dentro. Le odiaba, sí, le odiaba por no poder arrancarlo de mi cabeza. Le odiaba como sólo puede odiarse a la gente por la que hemos sentido el amor más intenso. El odio se me aferraba a la garganta; un nudo de angustia estropajosa que era incapaz de tragar. Mi corazón latía sin freno, el veneno del rencor me recorría la sangre a toda velocidad, como un caballo desbocado.

Cielo santo, ¡cuánto le odiaba!

Él me observaba en silencio, tan elegante, tan prudente, que cualquiera hubiera podido pensar que estaba sereno, pero sólo había que asomarse a sus ojos negros para percibirlos llenos de ardor.

—Gracias por tu ayuda —le indiqué, intentando mostrarme indiferente—. No debiste molestarte. Ya te puedes ir. No te necesito.

—¿Haces esto con todo el mundo? —preguntó, torciendo levemente la boca en algo que quiso ser una sonrisa, pero que se quedó en una mueca—. ¿O es una crueldad que sólo practicas conmigo?

—¿Hacer el qué? —contesté sin mirarle.

—Sacar a la gente de tu vida sin más, en el momento en el que dejas de necesitarlos.

—¿De qué estás hablando? —protesté.

—¿No sabes de lo que hablo? —respondió con socaronería.

Empezaba a faltarme el aire, así que aspiré en busca de oxígeno.

—No entiendo qué haces aquí —dije abatida—. ¿Por qué te has empeñado en acompañarme? Ya has triunfado. Eso es lo que querías. Era tu única meta. Tu único fin. ¿No?

—¿Triunfar? —repitió él de forma burlona—. He triunfado, es cierto. Soy un hombre de éxito. Atrás quedó el aspirante a actor que no tenía donde caerse muerto. Efectivamente, soy un triunfador. Tengo todo lo que puedo desear. Y pese a eso, parece que sigo sin ser suficiente para ti.

—Estás equivocado. Yo te... —dudé un momento, buscando en mi mente las palabras más adecuadas y corregí—: Soy... Fui tu amiga.

Agachó la cabeza y pude entrever un mohín mordaz asomándose a sus labios.

—¿Amigos? ¿Eso crees que fuimos? Tú y yo nunca fuimos amigos —murmuró—. O no tienes ni idea de lo que es la amistad o te burlas de mí. —Guardó silencio unos segundos antes de concluir—: De acuerdo. Podemos fingir que fuimos amigos. Iré a buscar una toalla para que te seques un poco o pillarás una pulmonía. Eso es algo que haría un buen amigo, ¿no?

Le vi darse la vuelta en dirección al aseo. Casi se me había olvidado que estaba empapada por culpa de la intensa lluvia.

—Y si no éramos amigos, ¿qué fuimos? —Volví a elevar la voz llena de irritación por el tono con el que se dirigía a mí—. ¿Qué fuimos? Dime... Responde, ¡maldita sea!

No contestó. Su inherente galantería le impedía marcharse sin terminar de ayudarme con los paquetes, así que se limitó a acercarse a mí para liberarme de las pocas bolsas que aún cargaba, justo antes de extenderme la toalla. Yo llevaba aferrado entre ellas el bolso de mano que sin querer cayó al suelo, desparramando el contenido encima de la mullida alfombra: barra de labios, monedero, espejito, un pañuelo bordado con mis iniciales... y aquella cartecita para fotos de la que nunca me separaba. Se abrió de par en par, dejando expuesta la única fotografía que nos habíamos tomado juntos, la que nos hicimos tiempo atrás en el primer fotomatón que hubo en Madrid, el que instalaron en la calle de Atocha. Estábamos radiantes, con la boca llena de risas y el corazón hinchado de verano y emociones nuevas.

Se agachó para recoger mis pertenencias mientras yo me mantenía paralizada, avergonzada, igual que una niña pillada en plena travesura. Acuclillado en el suelo, aferró la

carterita y observó confuso su propia imagen, como si todo en ese momento cobrase sentido. Aquellos cinco segundos de silencio se alargaron demasiado, aumentando mi incomodidad. Levantó los ojos y me miró como si acabara de reconocermme en una multitud. Y entonces se incorporó para abalanzarse sobre mí. No me dio tiempo a reaccionar. Atrapó mi nuca con la mano derecha, arrastrando mi boca hasta sus labios. Aún recuerdo la presión de aquellos labios calientes y densos, el desconcierto, el fuego en la sangre. Me besó con pasión en un principio, pero fue aflojando la intensidad y aquel contacto terminó por convertirse en un manjar codiciado, angustioso... desesperado por lo esperado.

No tardamos mucho en atravesar el puente que separaba la rabia del deseo. Una vez acomodados en los brazos del otro, nos dimos por vencidos. Suavemente fue separándose de mí para observarme con perpleja curiosidad, sorprendido quizás de su propia audacia. Sorprendido de que eso realmente estuviese pasando. Acarició mi rostro: mi frente, mis párpados, mis pómulos, mis mejillas, el borde de la mandíbula... justo antes de volver a besarme, esta vez con dulzura, saboreando, mordisqueando mis labios.

Hoy sé que los besos son los termómetros del amor, y ese beso indicaba claramente que teníamos fiebre. Y desde hacía mucho tiempo.

—Tantos lugares en el mundo, tantos siglos en los que poder nacer... es un milagro el habernos conocido —murmuró sin dejar de recorrer con la mirada mis facciones—. ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta, Martina, de la suerte que tenemos?

Sentí un pellizco ronco en el vientre, sus palabras eran pequeños latigazos que dirigían mis manos, obligándome a apartar su americana, deshacer el nudo de su corbata, desabrochar su camisa... mientras él copiaba mis gestos, aplicado, solícito. La ropa nos incomodaba, el espacio nos incomodaba, cada segundo sin el contacto con la piel del

otro nos incomodaba. ¿Cómo había podido sobrevivir tanto tiempo sin aquello?

El descubrimiento de su pecho desnudo incentivó mis ansias y busqué de nuevo sus labios, dejando que el aire que yo respiraba entrara y saliera de su boca, atrapándola, succionándola, sintiendo el calor húmedo de su lengua, el almíbar de su saliva... Deseándole tanto como le había odiado instantes antes. Cuando ya no quedó nada de lo que desprendernos, me tomó en brazos para depositarme delicadamente sobre la cama. Entonces se sentó en el borde, deteniéndose a observarme con la misma curiosidad del escultor que acaba de dar el último golpe de cincel al bloque de mármol en que lleva meses trabajando, buscando asegurarse de que todo quedó tal como él lo había imaginado.

—Eres mucho mejor que en mis sueños —musitó mientras extendía la mano para acariciarme.

Yo observaba sus evoluciones, intrigada, expectante. Recorría mis piernas, las circundaba desde los tobillos, ascendiendo por los gemelos, hasta llegar a la cara interna de mis muslos. Entonces cerré los ojos y me dejé arrastrar por la agonía que precede al placer.

—Ven... por favor —supliqué.

—No. Aún no. No seas ansiosa. Déjame hacer a mí. Estate quietecita... aunque sea por una única vez en tu vida.

Sonrió malévolo con aquel seductor gesto suyo que yo atesoraba en mi memoria tras verlo una y otra vez en el cine, en las portadas de las revistas, tras repasar cada noche el recuerdo de nuestro primer encuentro. Cada pliegue de su piel, los hoyuelos de sus mejillas, la curva de sus labios, el brillo de sus ojos... todos aquellos rasgos que yo había bosquejado una y mil veces, casi de forma inconsciente, en pedazos sueltos de papel. En ese instante eran únicamente míos. El resto de las mujeres que deseaban a aquel hombre tendrían que conformarse con adorarlo en las dos dimen-

siones del papel cuché, porque él era mío en ese instante. Carnalmente mío.

Ni que decir tiene que le hice caso. Seguí sus indicaciones como una buena niña, sumisa, disciplinada, obediente, porque hubiera sido incapaz de llevarle la contraria. En ese momento hubiera hecho todo lo que él me pidiera. Así que me quedé quieta, atenta a su exploración mientras él transitaba con las yemas de los dedos por el hueso de mi cadera, trazando su curva desde la ingle hasta la cintura para después viajar por el contorno de las costillas.

—No puedo respirar —manifesté entre jadeos.

Pero él ya no me escuchaba. Curvó su mano para acoger uno de mis pechos mientras succionaba el otro, como un bebé hambriento.

—Para... ¡para! —supliqué.

Tiré de él, obligándole a que se recostara sobre la cama. Como si una voz interna agazapada allí desde tiempos ancestrales me indicase lo que debía hacer, me acomodé sobre él, sintiendo el imperante deseo de que formase parte de mí, como si esa separación del otro a la que nos somete la existencia fuese algo ridículo, sin sentido, algo que yo debía solucionar con urgencia. Quería adueñarme de su cuerpo, de su alma; quería ser él y ser yo a la vez. Ser muy yo. Intensamente yo. Ser consciente de cada poro, cada centímetro de piel, cada cabello, cada mucosa. Ser él en mí. Una incongruencia que en ese instante no parecía tal cosa. Sentí una ligera punzada que me dejó paralizada, pero apenas duró un momento y a los pocos segundos me mecía, con mi vientre unido al suyo, deseando yo también ser absorbida, respirada, engullida... esfumarme en sus entrañas. Extendí mi mano y acaricié su rostro, aquel rostro tantas veces soñado, tantas veces anhelado, su rostro de ojos cerrados, de boca entreabierta, su rostro contraído por el placer que yo le provocaba. Ser consciente de ello me espoleó aún más. Aferré sus manos y las llevé hasta mi pecho. Escuché cómo flotaba en el aire mi propio gemido de

placer. Mi cuerpo ya no era mi cuerpo, o era algo más que eso. Lo había conseguido: era yo y era él. De pronto todo parecía cobrar sentido; me hice más grande, más fuerte, más sabia, más valiente.

Abrí los ojos. Todo a nuestro alrededor era luz y tuve la certeza de que el mundo se había detenido para observarnos. Nada más existía fuera de la habitación 112 del hotel Ritz. En la recepción nadie pedía un botones, las camareras de piso no estaban acomodando la ropa de cama, en los fogones no se cocinaba el almuerzo del día, el portero no abría la puerta del coche de un nuevo huésped. Y aún más, estaba segura de que la quietud se había extendido más allá de las fronteras del edificio, que los ríos ya no fluían rumbo al mar, que el mar había estancado sus mareas, que la Tierra había parado de girar. Sí. El universo se había paralizado; lo habíamos paralizado nosotros por el simple hecho de amarnos de aquella manera.

Nuestros gemidos se intensificaron, enredándose unos a otros. Parecían el eco de un único jadeo que fue sofocándose para desvanecerse por completo, hasta que un espasmo recorrió nuestros cuerpos. Él lanzó un último suspiro agónico mientras sujetaba mis caderas, apretándose contra mi cuerpo. Después se quedó quieto. Quise concentrarme entonces en su presencia en mis entrañas, en su inexorable extinción, y sentí el peso de la inminente soledad a la que nos vemos abocados. Una tristeza infinita se aferró a mi pecho. Con mi cabeza escondida en el hueco de su cuello, aspiré su olor a hombre, mezclado con el mío. Besé la humedad de nuestros cuerpos, sopesé el calor vibrante de la sangre que corría por sus venas, escuchando como él musitaba mi nombre cerca de mi oído.

—Martina...

No sé cuánto tiempo pasamos así. La escena se vuelve borrosa a partir de ese momento, seguramente por ese protector truco del cerebro que difumina los recuerdos fatales. Pero sí sé que aún estábamos desnudos y borrachos

de amor cuando la puerta de la *suite* real se abrió de golpe para arrancarnos sin piedad de aquel espacio que nosotros habíamos hecho nuestro, inundándolo con el deseo y el calor de nuestros cuerpos. Recuerdo los rugidos de león de mi padre mientras le apuntaba con aquella minúscula pistola que guardaba en el cajón de su despacho. Le ordenaba que se marchase, que no volviese jamás por allí porque, de otra manera, le acribillaría como a un perro sarnoso.

—Lo juro, lo juro... ¡Te mataré como a un perro sarnoso si vuelvo a verte!

Nunca había visto a mi padre tan enfadado. También recuerdo la cara de decepción con la que me miró después, mientras yo intentaba cubrir mi piel con las sábanas.

Cuánto tiempo ha pasado ya...

Volví la vista al periódico. El régimen definía el óbito del general Franco como *el hecho biológico*, como si eso relativizase la realidad de su desaparición. Incluía una reseña en la que se explicaba que había muerto como un monarca absoluto, rodeado de sus cortesanos, con el estatus de jefe de Estado. Resumían su fallecimiento como toda una historia que se derrumba, una fachada que se fragmentaba en mil pedazos. A lo largo y ancho de cinco columnas se desgarraban las implicaciones políticas, los cambios, las dudas, el miedo.

Otra vez el miedo.

Describían al fallecido como un autócrata taciturno de rostro mediocre, el arquetipo del monstruo frío. Pero la realidad era que ya se había convertido en pasado y, por fortuna, no hay nada que el tiempo no cure. El pasado, como su propio nombre indica, es pasado.

La muerte del dictador atrajo a Madrid a un sinnúmero de altas delegaciones extranjeras que llegaron para asistir a los funerales. Uno de los primeros en instalarse en el Ritz fue el vicepresidente norteamericano Nelson Rockefeller, que venía acompañado de un séquito de treinta personas. Después llegó la esposa del presidente de Filipinas, Imelda

Marcos, con tres arcones repletos con los mejores zapatos de su colección de tres mil pares, importándole poco o nada el dinero que se gastaba en ellos mientras su pueblo se moría de hambre. La acompañó hasta el hotel el duque de Cádiz, que en aquella época era presidente del Instituto de Cultura Hispánica y que se encargó personalmente de que dispusiera de una habitación especial en la que cupiesen sus zapatos en perfecta disposición cromática, separados diez centímetros unos de otros para que no se dañaran. El diario señalaba también la presencia del dictador chileno Augusto Pinochet y de las princesas Soraya y Gracia de Mónaco. Políticos, príncipes, princesas... me pregunté si aún seguiría vigente la ley impuesta por mi padre de no hospedar en el hotel a actores, actrices, cantantes o toreros. ¿Cuántas cosas habrían cambiado desde que nosotros nos fuimos? ¿Cuántas seguirían igual?

De pronto tuve la sensación de que se cerraba el círculo que se abrió muchos años antes, el día en el que mi padre, Francisco Romero, llegó a Madrid. En aquel tiempo aún era conocido como Paquito, el de los Capagrillos. Un origen que él ocultaba a los clientes del hotel, pero que se empeñaba en repasar una y otra vez delante de su familia, para que nos quedase claro que el esfuerzo y el trabajo bien hecho daban sus frutos. Nos había contado tantas veces esa historia que casi puedo reproducirla en mi mente mucho mejor que algunas escenas en las que sí he estado presente. Cuando descendió del tren que le traía desde Huelva, tuvo que esperar a que la nube de humo procedente de las calderas de carbón se disipara para alcanzar a comprender la grandiosa ciudad a la que acababa de llegar. Vestía el traje de los domingos, heredado de su padre, brillante en las solapas y en la entrepierna de tanto repaso con la plancha de carbón, y cargaba una deslucida maleta de cuero marrón en la que guardaba el resto de la ropa que tenía. Acababa de cumplir los diecinueve años y llevaba impregnado, la piel y el alma, del olor a mineral de su Ríotinto na-

tal. Durante el viaje no pudo evitar darle vueltas a lo que dejaba atrás: sus proyectos a corto, medio y largo plazo. Planes asequibles, sencillos y conocidos en los que no tendría que arriesgar nada, en los que simplemente debía limitarse a dejarse llevar por la corriente del día a día. Recordó su infancia llena de privaciones. Padres e hijos reunidos en invierno en torno a la única fuente de calor de la humilde casa: un brasero de carbón bajo la mesa camilla. Alimentándose a base de *habas enzapatás* un día sí y otro también. Compartiendo cama con sus hermanos, heredando de ellos las camisas, los pantalones, los zapatos, los calzones y hasta los piojos, que le obligaron a pasar la niñez con el pelo cortado al uno.

Mi abuela, pese a toda esa estrechez, no paraba de recordarle que él había nacido para hacer grandes cosas. Le repetía que era el joven más inteligente que se hubiera visto jamás en la zona, que no tenía nada que envidiarle a los muchachos ingleses de cabello rubio y ojos azules que masticaban las palabras y presumían de rancio abolengo; los que ocupaban los altos cargos del consorcio británico que compró las minas. Pero de nada le servía a mi padre avivar tanto amor propio si con él no podían pagarse las facturas, si tenía que burlar al frío del invierno colocando papel de periódico entre la camiseta interior y la camisa, porque no les alcanzaba el dinero para un abrigo de lana.

Desde entonces, el olor de la tinta de los diarios siempre le recordó a la penuria.

Su padre y sus cuatro hermanos mayores trabajaban en las minas, como la gran mayoría de los habitantes del lugar. Hombres fuertes, enérgicos, varoniles, capaces de desayunarse de un trago, y sin pestañear, un vaso del aguardiente *peleón destrozaintestinos* que los ingleses bautizaron como *manwater*, agua de hombres, tras probarlo y concluir que había que ser muy macho, o estar muy loco, para lanzarse al gznate semejante brebaje. Pero los lugareños nunca al-

canzaron a pronunciar correctamente el término inglés y el *manwater* terminó por convertirse en la *manguara*.

La *manguara*...

Mi padre intentó probarla una única vez y a poco sufre una apoplejía. Se lanzó un buche a la boca, incitado por sus hermanos, y el sabor le resultó tan desagradable que tragó con fuerza. Entonces un ardor seco se aferró a su garganta, deslizándose por el esófago, hasta llegar al estómago. Una vez allí sintió que éste se contraía, provocándole náuseas y espasmos. Ni que decir tiene que hizo el más absoluto de los ridículos y que se pasaron un mes burlándose de él y remedando sus gestos de repulsión. Aquello demostró que no era tan duro como el resto de hombres de su familia. Algo que él ya sabía, que ellos ya sabían y que su madre ya sabía. El menor de los Capagrillos era demasiado delgado, demasiado sensible, demasiado inteligente como para ser feliz viviendo la vida que el destino le tenía reservada, o eso era lo que mi abuela creía. Y por eso decidió trastocarla.

A mi padre le gustaban la poesía, observar las evoluciones de los pájaros, clasificar plantas y analizar con atención los sermones de misa. Por ese motivo su madre habló con todo aquel que quiso escucharla hasta conseguir que entrase a trabajar en las oficinas de la Rio Tinto Company Limited. Mi abuela se desvelaba cada noche para mantener limpia, remendada y almidonada la única camisa blanca del muchacho, para que estuviese siempre impecable, para que nadie se diese cuenta de que Paquito, el de los Capagrillos, estaba ocupando un lugar que no le correspondía. Allí aprendió contabilidad, a hablar, leer y escribir en perfecto inglés, a tomar el té de las cinco de la tarde con el meñique levantado y a practicar con elegancia ese divertido juego que los británicos trajeron de su tierra, en el que veintidós hombres en calzones correteaban tras una pelota con el fin de introducirla en la red del contrario. Fútbol, lo llamaban.